

## **13- LA EUROPA REVOLUCIONARIA Y ROMÁNTICA**

### **Más europeos que nunca, o la paradoja del nacionalismo**

#### **La apasionada explosión romántica**

Aunque a finales del siglo XVIII una gran parte de Europa vive al margen de los avances de la industrialización y de los cambios políticos liberalizadores, en los Estados del centro del sistema mundial, es decir, en los del triángulo formado por Londres, Ámsterdam y París, aparecen ya las características sociales, políticas y culturales que poco después se exportarán, por la influencia pacífica o por la fuerza, al resto de la semiperiferia europea, formando una imagen parecida a la de una fuente que alcanza su culminación en el centro del surtidor y que se desborda por sus extremos.

Las transformaciones que Europa occidental experimentó en aquel cambio de siglo fueron rápidas, radicales, y afectaron a los más variados aspectos de la vida de los europeos, hasta el punto de considerar que aquel tiempo fue el revolucionario por antonomasia, tanto desde el punto de vista económico y productivo (revolución industrial y otras ligadas a ella: demográfica, agrícola, y de los transportes) como desde la perspectiva política y social (fin del Antiguo Régimen, transformaciones jurídicas, revoluciones liberales-burguesas).

Tras la caída de Napoleón, la revolución francesa había fracasado oficialmente. Pero en el corazón de los europeos, particularmente en Francia, bullía un espíritu revolucionario no sólo en lo político, lo que se manifestará en las diversas oleadas de 1820, 1830 y 1848, sino sobre todo en lo cultural, en lo artístico y en lo vital.

El mejor término que designa este movimiento es el de romanticismo, compitiendo con otras tendencias de mejor definición pero tal vez no tan representativas del conjunto de fenómenos que se producen en los comienzos del siglo XIX. Románticos fueron los movimientos de masas, las revueltas de los *sans-cullottes* y las inmolaciones colectivas como la del dos de mayo de 1808 en Madrid, romántica era la admiración por la Edad Media, que rebrota tras el intento de la Ilustración por demonizarla, romántico será el afán nacionalista, aunque tras el sentimiento se escondan intereses no tan emocionales. Romántica será la muerte de Lord Byron, en plena independencia griega frente a Turquía. Románticos serán el arte, la música, la vestimenta de una generación, y serán sus sueños, sus calaveradas y el suicidio por amor y desesperación de Mariano José de Larra.

El romanticismo daba expresión, si no por primera vez en la historia, sí como fenómeno generalizado, a los sentimientos más desbocados de la naturaleza humana, a esa

parte siempre insatisfecha, sólo conforme con los imposibles, que se apodera de los seres humanos en ocasiones que más bien hay que temer. Se asocia frecuentemente a la juventud, tal vez obviando las locuras que arrebatan, más calladamente, eso sí, a todos los seres humanos de vez en cuando. Quizás en ello reside el innegable éxito y perdurabilidad que el romanticismo ha tenido en la cultura occidental, algunos de cuyos rasgos podemos todavía apreciar hoy día, si bien el significado actual del término romanticismo desvirtúa bastante su sentido original.

Pero no olvidemos, y aquí se presenta una paradoja fundamental, que el romanticismo explotó inicialmente donde la tradición racionalista, calculadora e incluso ya industrial, tenían un mayor desarrollo. Es decir, el romanticismo surge como reacción ante el excesivo rigor normativo de sociedades cada vez más tecnificadas. Prerrománticos o primeros románticos serían Mozart, Goethe y los escritores del *Sturm und Drang*, hasta el punto que muchos sitúan los orígenes del movimiento en Alemania y más concretamente en Prusia donde, recordemos, la enseñanza era ya obligatoria en el siglo XVIII.

La prosperidad económica en Inglaterra y la Revolución francesa en el Continente fueron el caldo de cultivo donde se desarrolló el romanticismo, de la mano de la literatura y de la prensa escrita que transmitía, en forma de folletines, las obras de multitud de narradores, que con el tiempo darían sus mejores frutos con Walter Scott y sus trepidantes aventuras medievales y con Balzac, quien en su *Comedia humana* reflejó la compleja realidad interior y exterior de la Francia de su tiempo. Beethoven abría el fuego de su música rompiendo los convencionalismos forjados por las academias, y le seguían Schubert, Chopin, y otros muchos. Gericault y Delacroix escandalizaron a los espíritus bienpensantes de su tiempo con sus temas escabrosos y sus atrevidas representaciones. Si repasamos la vida de estos creadores románticos, encontramos, junto a sus fantasías literarias, una serie de realidades concretas bastante prosaicas, sus facturas y sus créditos, sus costosas compras al servicio del lujo mundano que imponía la moda elegante de una época de negocios, desarrollo urbano e industria.

Por eso el sueño de los intelectuales ingleses, franceses y alemanes era visitar España, Grecia o Turquía, países románticos, donde todavía el maquinismo y el racionalismo burgués no habían invadido toda la vida. Las gentes del sur eran mitificadas por ellos, les recordaban el paraíso perdido tras la industrialización. Sin embargo, el sentimiento romántico era ajeno a los españoles de la época, según podemos deducir de los relatos de los viajeros más lúcidos y sinceros. Por cierto que estos mismos viajeros, que buscaban el desorden preindustrial, terminaban cansados de tanta ineficacia y anarquía, de la falta de romanticismo real en estos pueblos primitivos, y pronto volvían a sus civilizadas sociedades de origen. No nos debe extrañar, pues, la ironía de un Gauthier cuando pide a Dios años suficientes de vida para poder retirarse y ser un peón caminero español, que mira ocioso y burlón mientras dan botes los sufridos viajeros, o cuando comenta la desaparición del legendario bandolero andaluz, debido a que los mesoneros españoles saquean tanto al viajero que nada queda para los bandidos.

La realidad descrita por los viajeros, que en aquel momento recorrieron toda Europa y elaboraron con sus escritos un enorme monumento antropológico del continente (disfrazado a veces, sin embargo, de costumbrismo), nos revela que, al igual que la

Ilustración, el movimiento romántico era por entonces una cuestión de minorías, mientras el campesinado, que aún constituía la mayor parte de la población, seguía sumido en la vida atemporal sólo regida por el ritmo anual de las estaciones y de la agricultura, gentes sin historia y sin embargo sustrato fundamental de todo lo que venimos aquí describiendo en el terreno social o cultural.

### **Romanticismo progresista y conservador**

El caso español puede ilustrar bastante bien el proceso de expansión del romanticismo en el resto de Europa, fuera de sus países originarios. El romanticismo llegó con retraso a España, curiosamente a la par que los avances políticos, sociales y económicos tras la muerte de Fernando VII en 1833. La inquisición, la anulación de los intentos de revolución liberal, el fracaso de la Constitución de Cádiz de 1812, la brevedad del Trienio Liberal (1820-23), interrumpido por la entrada de las tropas francesas al servicio de la Santa Alianza, y la represión posterior del monarca (que ha venido llamándose en España la *década ominosa*) parecen dejar poco hueco a ese romanticismo revolucionario que sacudió Europa a finales del XVIII y principios del XIX.

Sin embargo, sí había sido un brote romántico el de la Guerra de Independencia de 1808 a 1814, ya que hemos de considerar el romanticismo no sólo como un conjunto de manifestaciones culturales sino como una actitud ante la vida, de la que la cultura se hace eco. En este sentido hay una continuación del romanticismo en España con la vigencia de los ideales de libertad representados por la reivindicación de la Constitución de Cádiz, y no hay que desdeñar la idea de un romanticismo ligado al bandolerismo o la piratería, muy presente en la mentalidad española de todo el siglo XIX.

Tampoco podemos olvidar otros ecos de la guerra antinapoleónica: la independencia de las colonias americanas, ligadas al estallido de 1808 en cierta medida, e inspiradas por sentimientos románticos, la organización de sociedades secretas masónicas, los pronunciamientos militares progresistas... Todo ello tiene su consiguiente plasmación en el arte, sobre todo de la mano de Goya, o en la literatura, aunque casi siempre después de la guerra. En otros campos apenas se manifiesta el romanticismo durante la primera mitad del siglo: el compositor español Arriaga sigue siendo un neoclásico, por ejemplo. Para Blanco White no era posible el romanticismo progresista bajo el reinado de Fernando VII, por lo que el autor gaditano se exilió voluntariamente a Inglaterra. Incluso el costumbrismo, tendencia literaria cultivada por algunos autores de la época, como Mesonero Romanos, tiene un carácter romántico, aunque edulcorado, domado. Y en España el *realismo* de mediados de siglo (Fernán Caballero, Pereda), sigue teniendo un sesgo costumbrista y “romántico”, embelleciendo y deformando sentimentalmente la realidad, aunque olvidando el tono tétrico y desgarrado del primer romanticismo.

Inicialmente llegó a España un romanticismo progresista, deseoso de acabar con los restos del poder cultural que el Antiguo Régimen seguía manteniendo, encabezado por Larra como principal figura. Pero muy pronto dejó paso, como en el resto de Europa, a un romanticismo conservador, autocomplacido por los sentimientos, sin atisbos de acción social, en el fondo hipócrita y relamido, cuyo más completo representante es Gustavo

Adolfo Bécquer, por más que nos sigan gustando los versos y las leyendas de este sifilítico empleado de banca, ocasionalmente trabajando al servicio de la censura.

A pesar del retraso, la huella del romanticismo en España será muy honda y larga. España no dejará de ser un país romántico a los ojos de los europeos. Pero la explosión del sentimiento se produce cuando algo se ha perdido: por eso son los ingleses y franceses los que aprecian el romanticismo de España, no los campesinos de Valdemosa que vieron enfermar a Chopin con su amante George Sand (como son los habitantes de la ciudad los que valoran el campo, los espacios abiertos, el aire puro, el silencio, etc.). Hacia mediados de siglo XIX, España ha iniciado un tímido proceso de industrialización y de urbanización acelerada. Es el momento de la nostalgia idealizada de la aldea de Pereda o de Palacio Valdés, generalmente con tintes conservadores.

Pero independientemente de estas dos etapas que pueden distinguirse en el movimiento romántico en general, hay un aspecto común entre los primeros y los últimos románticos, que el ensayista francés Alain Finkielkraut ha definido como *la derrota del pensamiento*. Abrir las puertas a los sentimientos no era contrario al espíritu de la Ilustración pero, para los ilustrados, el sentimiento debe estar sometido a la diosa razón, única que puede enseñorearse del ser humano individual y de la sociedad. Con esta idea fundamental, el Siglo de las Luces inauguraba la modernidad, y desde entonces Europa fue sinónimo de ciencia, razón, leyes universales.

Los románticos invertían la prioridad: el sentimiento lo era todo, y la razón estaba a su servicio. Era un giro fundamental, que podríamos llamar hoy posmoderno, semejante al que hemos vivido después de la Transición política en España o el que vivió la Atenas del cínico Diógenes, inmediatamente posterior a Pericles. El romántico no se detiene ante el absurdo o la locura, pues la imaginación, el delirio creador, está por encima de la aburrida realidad. La ciencia y la técnica, sin misterio, sin gracia ni pasión, no puede satisfacer al corazón humano, que se vuelca en el amor apasionado o en los ecos de la vida de ultratumba. De ahí a despreciar lo razonable sólo había un paso, y muchas veces se dio, de forma que el sentimiento, la emotividad, fue la trampa en la que quedaron enlazados pueblos enteros, sobre todo en lo referente al tema del nacionalismo.

### **Nacionalismos, nuevas paradojas**

Durante el siglo XVIII, Europa caminó hacia la unión cultural, aunque sólo fuera por la vía de la mejora de las comunicaciones y la intensificación del comercio. Un nuevo espíritu universalista recorrió el mundo y fue un rasgo inspirador de la mayor parte de ilustrados. El conocimiento del globo, de sus diferentes pueblos, condujo a las mentes más eminentes de Europa a encontrar una igualdad en esa diversidad. La Ilustración no sólo significaba el conocimiento de lo universal, sino la lucha por la universalidad de este conocimiento. Los revolucionarios franceses declararon los derechos *universales* del individuo, y en la práctica, a través de las guerras europeas y las conquistas de Napoleón, ese ideal uniformador se extendió por el mundo. Una vez medido el meridiano terrestre, se definió el patrón metro, a partir de algo tan objetivo como el mismo planeta, que servirá

para el cálculo universal desde ese momento (excepto para los ingleses y su área de influencia, pues estaban enfrentados a los intentos expansionistas de Napoleón).

Pero la caída del emperador y el fracaso de la oleada revolucionaria ligada a él, supuso no sólo la remodelación del mapa europeo, que volvía a las fronteras nacionales anteriores a 1789, sino el reforzamiento de la idea nacional, basada en una unidad entre los revolucionarios liberales y los contrarrevolucionarios absolutistas. La idea nacional (de modo semejante a la idea romántica) estuvo lastrada, desde sus comienzos, si consideramos éstos los de la Edad Contemporánea, por una ambivalencia ideológica (progresista, conservadora,...) que dificultará su definición y creará nuevos conflictos.

Paradójicamente, cuando Europa está de hecho más unificada, por su comercio, sus inversiones, sus comunicaciones, su cultura, su arte, su forma de vida, por los numerosos viajeros que la transitan, es cuando con más virulencia surge el sentimiento nacional y particularista: los europeos, más europeos que nunca, no se sienten sino españoles, franceses, ingleses, belgas o italianos, y sólo parece unirles la rivalidad con las naciones vecinas. El argumento más sólido del nacionalismo de la Guerra de Independencia era la lucha contra el francés, como del griego lo fue la rebelión contra el turco y del irlandés contra el inglés. Incluso los ingleses, con el *espléndido aislamiento* que reivindicaron durante la mayor parte del siglo XIX, mostraron su particular variante nacionalista con orgullo, rasgo que aún no ha desaparecido en la mentalidad británica, según indican encuestas recientes. Aparentemente, pues, podría pensarse que durante el período romántico no avanzó la idea de unión europea, sino las particularidades nacionales. Pero una cosa es lo que sentían los ciudadanos de la Europa del momento y otra la realidad: a partir de aquel momento, muchos movimientos económicos, sociales, culturales e ideológicos tienen un carácter europeo general, mucho más que en el siglo XVIII.

Algo similar podría suceder hoy día. Cuando nos creemos que ya somos europeos, en realidad puede que seamos una especie de ciudadanos del mundo, un nuevo mundo que apenas entiende lo que significa, o significaba, una frontera.

Otra paradoja se puso en evidencia por entonces a propósito del individualismo y el individuo, una de las reivindicaciones de la modernidad ilustrada puesta en entredicho por los románticos y nacionalistas: por un lado se ensalzaba el pasado histórico, la identidad nacional, el bagaje colectivo, la acción de la muchedumbre presa por el sentimiento patriota... Por otro, contemplamos una época repleta de peculiarísimas y feroces individualidades y de avances en el individualismo en el terreno legal y social. Un rasgo romántico como el aumento de independencia de los jóvenes en la elección de la pareja, por ejemplo, comenzó a extenderse a grandes sectores de la población, lo que había resultado excepcional en épocas anteriores.

Con todo, lo que no puede negarse es la importancia del nacionalismo en la Europa contemporánea, tanto en su aspecto más conservador e incluso reaccionario, como su cara más moderna e innovadora. Hubo períodos internacionalistas, como los que propiciaron la fundación de organizaciones mundiales, como la AIT o la Cruz Roja, pero el hecho nacionalista se fue imponiendo y hoy día no podría hacerse una política europea, ni mundial, sin contar con él.

Además, tal como están configurados los Estados, y esto es particularmente notorio en el caso español, el nacionalismo periférico periódicamente pone en jaque al Estado central, a diferencia de los Estados federales donde la tendencia es justamente la contraria, es decir, la adhesión al territorio común de nuevas entidades políticas. La independencia de los países hispanoamericanos, que se produjo durante esta época romántica, y más tarde la de Cuba y la de Filipinas, deben hacernos reflexionar sobre estas peculiaridades del nacionalismo hispano. Muy ligado al territorio (más que a un factor racial o lingüístico), el ciudadano español se siente pertenecer a España, pero también a su delimitación territorial más cercana, por lo que su nacionalismo puede tender fácilmente hacia la independencia con respecto al Estado central, sobre todo cuando el nacionalismo se define por contraposición a otro, lo cual es muy habitual (y si no existe ese otro se inventa y demoniza), y cuando hay grupos de presión e intereses empeñados en su promoción. En el caso de la independencia de las colonias españolas en América, el sentimiento nacional de los españoles de la Península no reaccionó frente a la pérdida. Al contrario, los liberales y patriotas españoles valoraron la independencia como un justo castigo al monarca absolutista (Fernando VII) y como una merma de su patrimonio causada por su tiranía. Muy diferente fue la independencia cubana en 1898, cuyas consecuencias en la opinión pública revelan un desarrollo del nacionalismo español muy importante a lo largo del siglo XIX, y la eclosión del nacionalismo político catalán y vasco.

Fundamental para entender el fenómeno nacional decimonónico, sería analizar el nacionalismo expansivo alemán, que aún no ha terminado de encontrar su resolución, pese a las convulsiones que ha ocasionado durante el siglo XX, y el nacionalismo unificador italiano, mantenido a pesar de los grupos políticos y pseudopolíticos disgregadores del norte y del sur. Importante sería también hablar, por sus repercusiones posteriores (en las guerras mundiales, hasta nuestros días y, seguramente, por desgracia, en el futuro), de los nacionalismos surgidos de la decadencia del Imperio Turco en los Balcanes. Pero estudiar todos los casos sería agotador, y no es éste el propósito de este repaso somero de algunos rasgos de la sociedad europea del siglo XIX.

Sorprende la persistencia del nacionalismo visceral e intransigente en sociedades cultas, racionales, democráticas, por lo que desde su comienzo muchos se preguntaron ¿Qué hay detrás del nacionalismo? Tal vez al principio se trataba de una concepción de la Historia, por lo que los intelectuales podrían ser los primeros promotores de este fenómeno. Pero a muy poco se hubiera llegado sin el apoyo de fuerzas poderosas, tanto en el terreno ideológico, pues muchas iglesias y partidos jugaron y juegan con este sentimiento en su propio beneficio, como sobre todo en el terreno económico, pues será el capitalismo burgués, y más concretamente los poderes económicos regionales (a menudo con apoyo exterior, pues al Estado vecino y rival le interesa la división y la debilidad del otro), los que instarán a una secesión del poder central. Fuerzas contrarias pero semejantes actuarían en favor de una unificación, como sucedió en el caso alemán o italiano, y como está sucediendo con la Unión Europea, si bien está por demostrar que se esté produciendo un significativo aumento del sentimiento de pertenencia a Europa entre sus ciudadanos.

En el siglo XIX, cuando Marx lo observó, los capitales, que tanto se han invertido en la formación de los sentimientos nacionales, ya no tenían patria, sino que utilizaron las naciones como trampolín para lanzarse al mundo y conquistarlo, una nueva paradoja que se

### *La Europa revolucionaria y romántica*

suma a las que hemos indicado anteriormente. Europa sigue entonces la senda lógica impuesta por su capitalismo y su nacionalismo: la carrera por el imperialismo mundial, al que dedicaremos la siguiente sesión.

## BIBLIOGRAFÍA

Artola, M. (1989): *Los afrancesados*. Madrid, Alianza.

Bergeron, L. (1976): *La época de las revoluciones europeas (1780-1848)*. Madrid, Siglo XXI.

Balzac, Honoré de (1992): *Eugenia Grandet*. Madrid, Orbis.

Blas Guerrero, A. de (1999): *Enciclopedia del nacionalismo*. Madrid, Alianza.

Croce, Benedetto [1931] (1996): *Historia de Europa en el siglo XIX*. Barcelona, Ariel.

Filkienkraut, Alain (1988): *La derrota del pensamiento*. Barcelona, Anagrama.

Ford, F.L. (1973): *Europa desde 1780 hasta 1830*. Madrid, Aguilar.

Furet, François y otros (1997): *El hombre romántico*. Madrid, Alianza.

García de Cortázar, Fernando y Fusi, Juan Pablo (1988): *Política, nacionalidad e iglesia en el País Vasco*. San Sebastián, Txertoa.

Godechot, J. (1969): *Europa y América en la época napoleónica*. Barcelona, Labor.

Hobsbawn, E. [1964] (1978): *Las revoluciones burguesas*. Madrid, Guadarrama.

Larra, Mariano J. de (1972): *Artículos de costumbres*. Madrid, Espasa-Calpe.

Llobera, Josep R. (1996): *El dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*. Barcelona, Anagrama.

Mitchell, David (1989): *Viajeros por España. De Borrow a Hemingway*. Madrid, Mondadori.

Paniagua, J. (1989): *La Europa Revolucionaria*. Madrid, Anaya.

Soboul, A. (1971): *La crisis del Antiguo Régimen*. Madrid, Fundamentos.

Touchard, J. (1975): *Historia de las ideas políticas*. Madrid, Tecnos.

VV.AA. (1976): *La transición del feudalismo al capitalismo*. Madrid, Ayuso.



## **TEXTOS**

### **El derecho a la libertad y el origen del poder**

*Ningún hombre ha recibido de la naturaleza el derecho de mandar a los demás. La libertad es un regalo del cielo, y cada individuo de la misma especie tiene el derecho de disfrutarla del mismo modo que disfruta de la razón. El poder que se adquiere por la violencia no es más que usurpación, y sólo dura mientras que la fuerza del que manda prevalece sobre el que obedece.*

*El príncipe no puede, por tanto, disponer de su poder y de sus súbditos sin el consentimiento de la Nación (...). Si lo hiciese de otro modo, todo sería nulo.*

Denis Diderot: "Autoridad pública" en la *Enciclopedia*, 1772

### **Los principios del liberalismo económico**

*Cada individuo pone todo su cuidado en buscar el medio más oportuno de emplear con mayor ventaja el capital de que puede disponer. Lo que sin ninguna duda se propone es su propio interés, no el de la sociedad en su conjunto. No piensa más que en los beneficios propios, pero a menudo estos esfuerzos en su propia ventaja, aun sin premeditación suya, pueden ser útiles a la sociedad como tal; así es conducido por una mano invisible hacia un fin -el bien público- que no tenía en su intención inicial.*

Adam Smith: *Ensayo sobre el origen de la riqueza de las naciones*, 1776.

### **El romanticismo**

*Por trabajoso que nos sea el presente, será hermoso el porvenir. El romanticismo, que se ha definido mal muchas veces, mirándolo sólo bajo su aspecto militante, sólo significa la libertad en la literatura. La mayoría de los hombres pensadores lo van comprendiendo de ese modo, y dentro de breve tiempo la libertad literaria será tan popular como la libertad política.*

*La libertad, tanto en el arte como en la sociedad, debe ser el doble objetivo a que aspiren espíritus consecuentes y lógicos; debe ser la doble bandera que reúna a toda la juventud, tan fuerte y tan paciente ahora.*

Victor Hugo: *Hernani*, 1830.

### **El discurso nacionalista**

*Nuestros primeros antepasados comunes, los alemanes, como los llamaron los romanos, resistieron valientemente la dominación romana. ¿Acaso no reconocieron los alemanes el brillo superior de las cercanas provincias romanas, así como la plenitud de sus leyes? (...). Sus descendientes, tan pronto como pudieron, llegaron, incluso, a asimilar la cultura romana, sin perder su libertad, y, en la medida de lo posible, su identidad. Preguntémonos, entonces ¿Por qué lucharon durante varias generaciones? (...). Un senador romano puso*

*en boca de sus dirigentes estas palabras: ¿Qué otra cosa podían hacer salvo mantener su libertad o perecer, antes que convertirse en esclavos?*

*La libertad para ellos significaba esto: mantenerse firmes para continuar siendo alemanes, independientes y en consonancia con el espíritu original de su raza... y propagar esta independencia en la posteridad (...). Asumieron, como algo fuera de toda duda, que cualquier alemán prefería morir antes de convertirse en romano... Nosotros, herederos de su patria, de su lengua y su manera de pensar, debemos estar agradecidos por haber sido alemanes (...).*

*Nuestro actual problema es sencillamente preservar la existencia y la continuidad de lo que es alemán. Todas las demás desavenencias se desvanecen ante este superior punto de vista... Es esencial que el supremo amor a la Patria, por parte de todo el pueblo de la nación alemana, no tenga rival alguno, por derecho propio, en todos y en cada uno de los Estados alemanes.*

Johann G. Fichte: *Discursos a la Nación alemana*, 1808.

### **Nacionalismo moderno y Europa**

*¿Sobre qué criterios se funda este derecho nacional?*

*1- Muchos dicen que la raza, sin embargo (la raza) nada ha significado en la constitución de las naciones modernas. Francia es céltica, ibérica, germánica; Alemania es germánica, es céltica, es eslava. La verdad es que no hay raza pura, y que asentar la política en el análisis etnológico es montarla sobre una quimera.*

*2- Lo que acabamos de decir de la raza también debe decirse de la lengua. La lengua invita a reunirse, pero no fuerza a ello.*

*3- Tampoco la religión puede ofrecer base suficiente para el establecimiento de una nacionalidad moderna. La religión se ha vuelto cosa individual; mira a la conciencia de cada uno.*

*4- La geografía -las que llaman fronteras naturales- tiene una parte considerable en la división de las naciones. La geografía es uno de los factores esenciales de la historia.*

*Acabamos de ver lo que no basta para crear tal principio nacional: la raza, la lengua, la afinidad religiosa, la geografía. ¿Qué más hace falta?*

*Dos cosas. La una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa. Una nación es, pues, una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que aún se está dispuesto a hacer... Las naciones no son algo eterno. Han comenzado y concluirán. Probablemente las reemplazará la confederación europea.*

Ernest Renan: *¿Qué es una nación?*, 1882.